

MARGINALIA :: ¿GORDOS O FLACOS?

Por RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

TODAS las estaciones se plantea el problema como el del traje azul marrón ó gris obscuro. Yo diría que en primavera, y al comienzo de estío, imperan los modelos flacos; pero para el invierno parece preferible engordar, como si de esa manera se fuese á tener menos frío.

Ante esta afluencia del invierno, ¿no conviene tener bien cubiertos los huesos?

¿Cómo puede el esqueleto, que es la imagen de la muerte, representar la salud y la vida? Parece que todo lo que sea aproximarse al esqueleto es perder ánimos, alegría, optimismo y joculística.

¿Que vive el gordo menos? Es posible; pero no está al borde de la tumba, como el flaco, todos los días. Ha podido tener la credulidad de la vida en todo instante y ha tenido fe en el vivir mucho hasta haber muerto muy pronto.

Esse arrebató de fe sideral que produce la plenitud sólo es placer del hombre robusto, y quizás valga un poco de tiempo en ese estado, la larga vida de los otros aterrorizados, dudando de su consistencia, encontrándose los huesos en todo tropiezo.

Lo que hay que ser es gordos saludables, en los que no haya truchinas ni podredumbres de vicio. El gordo se debe á una pureza mayor que el flaco.

Toda entrada de invierno se planteará de nuevo el problema de enflaquecer ó engordar, como se plantea el de si se compra ó no una alfombra felpuda para el hogar.

La asechanza del esquelético invierno que sopla sutiles perforaciones sobre la tribu, nos hace recapacitar sobre el programa del nuevo curso de engordar ó de enflaquecer.

¿No podrá ser que no tenga remedio el haber de aido tanto que el pensamiento que es combustión más que sopla etéreo, no quiera producirse tan esperanzado como siempre?

Los miedos que traspasan al flaco convirtiéndole en eterno «traspasado», se embotan en el que está gordito ó se nota prosperador.

El gordo puede vivir más ó menos; pero lo que vive, vive; pero el flaco se supervive, y lo que vive es sobrevivido; es decir, vivido después de muerto con letargia de resucitado y sobresalto de vuelta tumbas.

Si despreciamos la larga edad por la edad sucucenta, por la ilusionada adolescencia, por la morbidez de vivir en plenitud, el más bien gordo que flaco lleva razón.

¿Puede ser un programa el vivir como testigos famélicos, sarmientosos y con los nervios rígidos? Hay que compartir el banquete de la vida, faltar á todos los regímenes, aunque sin ser glotonos, borrachos ni deshonestos.

Hay que sentirse en la plena cordialidad de la sala del banquete y de la música y asomarse á la terraza de las estrellas bien cubierto de coexistencia de carne, desplegando el corazón en la pasión por los abismos, mares y anhelos de la noche, te-



Arriba: La cocina de los gordos. Abajo: La cocina de los flacos, dibujos de Bruzgel, «El viejo»



dos en profusión de abrazos, sin devolver huancones al ceñimiento de la vida universal.

Ese momento en que el hombre más bien lleno que flaco escucha sentado en su sillón el concier-to de todas las noches reunidas, como si el pasado y el porvenir se reuniesen en una misma hora, es un momento que en el hombre flaco se presenta con descarnadura y frialdad.

El péndulo de la medicina va de creer en una cosa á no creer en ella, siendo sus rectificaciones proverbiales.

¿No estará bien una alimentación é higiene de verano y otra alimentación é higiene de invierno?

Todo es moda, y quizás la manera de cordializar las secreciones internas es convencerlas por la persuasión y el halago por medio de los banquetes y que presida la mesa el Dr. Marañón.

Estudio para una batalla en los gordos y los flacos, fragmento de un cuadro de Bruzgel, «El viejo»